

embargo, no se nota ni una queja, ni una protesta, ni nada. Que prohiban mañana los toros y se verá Madrid sublevado. ¿Qué significa esto? Que en Madrid los toros son una necesidad y que las garantías constitucionales son una paparrucha.

Siguiendo una política experimental no se haría nunca reforma alguna, á no ser que se notara la necesidad absoluta de ella y fuera para evolucionar progresivamente. Marcharíamos directamente, sin ambages, á la supresión de las instituciones democráticas, como las Cortes, el Jurado y las demás, que no tienen más base que la ley de las mayorías y el número aplastante que representa la fuerza de un rebaño de bárbaros.

Experimentalmente veríamos que la masa es siempre lo infame, lo cobarde, lo bajo; que un público, que también representa la masa, es siempre imbécil, y que en una Cámara ó en un Congreso los sentimientos falsos sustituyen á los sinceros, que las almas viles y rastreras se sobreponen á las altas y nobles.

La gran ventaja que tiene el gobierno por uno, cuando ese uno es bueno, es que puede conocer á los hombres, lo que nunca conoce una Asamblea, y además que puede obrar fuera de la ley cuando convenga.

Experimentalmente debíamos de pensar en suprimir toda esa cáfila de periodistas hambrientos y ambiciosos que hablan en nombre de la libertad y que á espaldas del público viven del *chantage* y de los manejos más viles con el Gobierno, tan cobarde y tan miserable que teme á esos periodistas, no precisamente por los cargos políticos que les puedan hacer, sino porque todos tienen mucho que ocultar en su vida privada.

Habría que imposibilitar á todos esos políticos de oficio, ambiciosos sin talento, que llegan al poder después de una serie inacabable de líos y chanchullos públicos y privados; arrinconar á tanto general de salón, á tanto demócrata parlanchín, á tanto escritor abyecto, á tanto gomoso de la política.

Si el país necesita entenebrecer su vida, obscurezcámosla. Si necesita un buen tirano, busquémosle.

Hay dos liberalismos: uno condenado por el Papa, que es el lógico, el natural, el necesario; otro aceptado por el Papa, que es el estúpido. El primero envuelve la libertad de pensar, la única que puede existir con todas las tiranías y todos los despotismos, porque ni la *razón* ni la *voluntad* están expuestas á los ladrones.

El segundo liberalismo envuelve todas esas falsas y ridículas libertades que están expresadas en los programas políticos: libertad de asociación, sufragio universal, libertad de la prensa, inviolabilidad del domicilio. Todo esto es estúpido y no tiene utilidad alguna.

Si me tienen que prender, á mí lo mismo me da que me prendan con auto de juez que sin él; sé que un juez puede condenarme ó absolverme, según quiera; que si llego á estar alguna vez en su presencia; me encuentro atado de pies y manos, y que lo mismo puede hacer esto con libertades que sin ellas.

Sé que si mañana me encuentro vejado por una enorme injusticia no he de encontrar prensa que me defienda, á no ser que tenga amistades con periodistas ó vaya á señalar algo que el exponerlo sea beneficioso para los intereses del periódico.

¿Y estas libertades vamos á defender? No, que se las lleve el demonio. La libertad la llevamos todos en nuestra alma; en ella gobierna; la libertad de fuera, de ejecutar, no la conseguiremos nunca.

Los que con un criterio positivista mandaran debían de hacer que la libertad fuera una religión en nuestro espíritu; fuera de él, nada.

Y si con un criterio absolutamente positivista y antirromántico se lle-

gara á gobernar, ¡qué descanso no sentiría España entera! Todo lo perturbado por la democracia volvería á su cauce natural. Se trataría de restaurar lo pintoresco, se restaurarían los antiguos conventos; pero se prohibiría edificar nuevos conventos de ladrillo en los alrededores de las ciudades populosas. Se disminuiría el número de obispos y de parroquias. El dinero de una se emplearía para el esplendor del culto de la otra. Se prohibiría que los párrocos tuvieran poder en sus iglesias, y se catalogarían todas las riquezas artísticas de las corporaciones y de los particulares, y se prohibiría el vender una obra en el extranjero, castigando al que lo hiciera con multas enormes.

Se haría un ejército mercenario, con menos oficiales y éstos bien pagados. Se aconsejaría á los prelados vender las joyas sin mérito artístico. Se entablarían negociaciones con los demás países para que nos enviaran todos nuestros cuadros á cambio de los suyos, y sintiéndose el poder con fuerza haría independiente la iglesia española de la de Roma.

Nuestras Diputaciones y Ayuntamientos debían de trabajar en restaurar lo viejo armonizable con la manera de ser del país y en adaptar lo nuevo que tuviera la misma condición, siempre llevando por guía un criterio progresivo.

Se debía de exagerar todo lo posible la tendencia individualista, la única que produce el hogar verdadero, el *home*, en el cual el hombre, con un admirable egoísmo, siente y reconoce con energía su personalidad y desprecia lo que no se relaciona con ella; pero el hombre del hogar es el que necesita ser sociable.

Si nosotros, en nuestros campos, hiciéramos la vida soportable en la aldea, al rico algo instruído y al hombre de ciencia modesto, médico, farmacéutico ó maestro de escuela, habríamos hecho más que todas las leyes y decretos que se pueden insertar en la *Gaceta*. Porque está muy bien que sociólogos é higienistas prediquen el amor rural, la vida en el campo; pero ésta se puede hacer en tanto que no corte de raíz una serie de necesidades espirituales del hombre.

No sé en qué novela de Galdós, en una de estos últimos *Episodios Nacionales*, hay un cura ó preceptor que aconseja á un joven que se deje de hacer el amor á las señoritas de la corte, encanijadas y decadentes, que se vaya al campo y se case allí con una muchacha sana y robusta que huela á ajo. No. ¡Por Cristo! No. Mientras la alternativa sea ésta, nadie irá por gusto al campo. Si le dan á elegir á un joven entre Madrid, absolutamente imbécil por dentro, pero con apariencias de cortés y amable, y la vida del campo, no vacilará en escoger Madrid.

Pero no hay ninguna ley, ni física, ni metafísica, ni matemática, que obligue por necesidad á que el hombre del campo sea un idiota, ni á que la mujer también del campo tenga que oler á ajo.

De esto se debe tratar, de que se viva en el campo sin ser un bruto, de que la mujer no sólo no huela á ajo, sino que sea limpia, bien vestida, agradable, inteligente y de que tenga la coquetería y la gracia naturales en ella. Y que es armonizable vivir en el campo y leer libros, periódicos, tener sociedad y vivir como civilizado, lo prueban los ingleses, los franceses y los alemanes: toda la gente del Norte.

Para el individuo, mejorarse, educarse, perfeccionarse y como consecuencia gozar todo lo más posible, ese debe ser su fin; para el Estado, mejorar, educar, perfeccionar la sociedad. Y eso sólo se podría alcanzar con una política experimental, que en España se reduciría á un *mínimum* de ley y á un *máximum* de autoridad.



SIN QUERER

Boceto de comedia en un acto y en prosa,
POR JACINTO BENAVENTE

PERSONAJES

Luisa.—Una doncella.—Pepe.—Don Manuel.

En Madrid.—Gabinete elegante.

ACTO UNICO

ESCENA PRIMERA

Luisa, la Doncella y después Pepe.

- DONCELLA. ¡Señorita Luisa, señorita Luisa!
LUISA. ¿Ha subido?
DONCELLA. Sí.
LUISA. ¿Por la escalera de servicio? ¿No le ha visto nadie?
DONCELLA. ¡Por la escalera de servicio! Cómo se conoce que la señorita no está acostumbrada á estas cosas... ¡Para llamar más la atención!...
LUISA. Es verdad; los porteros le conocen; y sobre todo, con que papá no le vea... Corre, que pase, y ten mucho cuidado; en cuanto salga mi tío de hablar con papá, nos avisas...
DONCELLA. Descuide usted...
LUISA. Y no vayas á decir á nadie...
DONCELLA. ¡Señorita! Porque me haya usted oído contar más de cuatro cosas que ha visto una... Tratándose de usted ya sé que esto no será ninguna trapionda, aunque lo parezca.
LUISA. Por supuesto... Ya lo sabrás... anda, no hagáis ruido al pasar por el gabinete.
(Sale la doncella. A poco entra Pepe.)
PEPE. ¡Luisita!
LUISA. ¡Chist! No digas nada, no levantes la voz, no te muevas... Tenemos que hablar, siéntate; no dejes el sombrero, no fumes... ¡uf qué humo! No dejes ahí el cigarro. Siéntate, hombre, siéntate; ya supondrás por qué te he llamado de esta manera...
PEPE. Sí; supongo...

- LUISA. No supones, lo sabes... Sabes que mi padre y el tuyo confieren en este momento.
- PEPE. ¿En este momento?
- LUISA. Sí; se han encerrado en el despacho. Y era urgente, preciso, que nosotros nos viéramos antes á solas, con toda libertad, para ponernos de acuerdo... Nuestros padres deciden allí; pretenden decidir de nuestro porvenir, disponer de nuestro corazón... ya estás enterado; quieren casarnos...
- PEPE. Sí, papá siempre me estaba diciendo: las bodas deben hacerse en familia, hay más probabilidades de acertar... En nuestra familia hay excelentes muchachas... debes fijarte en una de tus primas; pero la verdad, como sois veintitantas en la familia... era imposible fijarse...
- LUISA. Papá estaba siempre con la misma canción; pero como el único primo casadero de la familia eres tú, cuando papá me decía: debes casarte con uno de tus primos, ya sabía yo que el primo eras tú; comprende que hay mucha diferencia de poder escoger entre veintitantas á no tener donde escoger... Pero aparte de eso, la idea de nuestros padres es ridícula. ¿Por qué nos hemos de casar nosotros? ¿Me quieres tú á mí? ¿Te quiero yo á ti? Es decir, nos queremos... así, como buenos parientes... y eso es lo malo; mejor sería que no nos quisiéramos nada; yo creo que me sería más fácil quererte mucho de pronto no habiéndote querido nunca nada... Pero pensar ahora, ea, voy á quererle más, debo quererle más. ¿Por qué voy á quererte hoy más de lo que te quería ayer? Y, francamente, queriéndote hoy como te quería ayer, es un disparate que piensen en que nos casemos mañana...
- PEPE. Sí, es expuesto.
- LUISA. Y vamos á ver, ¿qué te ha dicho tu padre? Supongo que antes de decidirse á hablar con el mío seriamente te habrá dicho algo.
- PEPE. Me ha dicho lo que me dice siempre que se enfada conmigo, cuando le pido dinero, cuando paga mis cuentas: ya es hora de que acaben las locuras; papá llama locuras á las cuentas de 500 pesetas para arriba... ya ves, esas son locuras del sastre, del camisero... Es preciso que pienses en casarte...
- LUISA. Eso es; cuando el señorito da guerra en casa...
- PEPE. Y tu padre, ¿cuándo piensa en casarte á ti?
- LUISA. ¡Ay! Siempre que nos toca el turno del Real y le obligo á dejar su partida de tresillo. Lo que es las noches de tercer turno, no le importaría verme casada con cualquiera. Y en papá se comprende ese afán... viudo, con sus ocupaciones... Yo no puedo soportar á las ayas, ni á las señoras de compañía; así es que vivo sacrificada, porque papá sólo se presta á acompañarme al teatro Real; eso sí, las noches que cantan *La Walkyria* ¡me da una lástima!
- PEPE. Sí, tú, la verdad, sola con tu padre desde muy niña, ya debías haberte casado...
- LUISA. ¿Ya? No dirás tú como papá, que me estoy pasando...
- PEPE. ¡Qué disparate!
- LUISA. No, es que, como me pusieron de largo muy pronto, porque di un estirón á los catorce años, la gente cree que tengo más edad... Pero tú sabes...
- PEPE. ¡Ay, si lo sé! Soy un viejo comparado contigo.

- LUISA. Viejo no; pero no estás para perder el tiempo. Nuestros padres tienen razón; debemos casarnos, pero cada uno por su lado. ¿No te parece? No es que yo sea romántica (en toda mi vida habré leído dos novelas), ni que yo sueñe con ideales, ni con príncipes encantados; pero estas bodas arregladas en familia me parecen bodas de interés, de conveniencia... un poco de poesía nunca está de más... Sobre todo, que nosotros se puede decir que no nos conocemos. ¿Qué sabes tú de mí? ¿Qué sé yo de tí? ni me ha importado nunca saberlo. ¿Sabes siquiera si yo he tenido algún novio?
- PEPE. No, que yo sepa, y hemos ido juntos alguna vez á bailes y hemos pasado juntos todo un verano.
- LUISA. Pues entonces tenía yo novio, ya ves, y ni siquiera te enteraste; eso prueba lo que te importaba.
- PEPE. ¡Ah! sí, aquel majadero... ¿cómo había de importarme?
- LUISA. Pues si me hubieras querido como pariente siquiera, debía haberte importado que yo tuviera relaciones con un majadero.
- PEPE. Estaba seguro de que tienes demasiado talento para conocerlo y no casarte con él...
- LUISA. Muchas gracias, pero sigues equivocado; estaba enamoradilla de él, y él de mí, no se diga, y si vieras cuando un hombre se enamora de verdad qué difícil es distinguir á un majadero de un hombre de talento.
- PEPE. No es verdad; un tonto no puede querer como una persona de talento, ni se le puede querer lo mismo.
- LUISA. ¿Por qué no? Mira, á las mujeres lo que nos halaga es que por nuestro cariño se transformen los hombres en otros. El cariño es siempre revolucionario, y para el caso lo mismo da que diga la gente: Fulanito, que era tan simple, cómo se va avisgando desde que usted le quiere; ó que diga: Menganito, un hombre de tanto talento, ¡qué tonterías hace desde que se ha enamorado de usted! Por eso yo no me casaría con un santo. ¿Qué iba yo á cambiar en un santo? Pero un hombre, así... algo extraviado... que se dejara convertir poco á poco. ¡Qué bonito! Querer á un hombre, casarse con él y al poco tiempo que aquel hombre sea otro hombre...
- PEPE. Un marido de gran espectáculo, con mutaciones.
- LUISA. Ahí tienes lo que me parece imposible contigo: porque tú no eres bueno ni malo, no tienes grandes defectos ni grandes virtudes. ¿Estoy equivocada?
- PEPE. ¡Quién sabe! ¡quién sabe!
- LUISA. No; me parece que contigo no hay sorpresas...
- PEPE. ¡Quién sabe! ¡quién sabe!
- LUISA. ¿De veras? ¿No eres lo que pareces?
- PEPE. ¡Quién sabe! ¡quién sabe!
- LUISA. ¡Ay! No seas pesado, dime ese secreto...
- PEPE. Si yo no tengo secretos; digo ¡quién sabe!, porque yo no sé nada.
- LUISA. ¿Pero tú no has querido nunca?
- PEPE. Alguna vez.
- LUISA. ¿Novia formal?
- PEPE. No, muy loca.
- LUISA. Digo, pensando en casarte.
- PEPE. Pensándolo mucho.

- LUISA. ¿Y por qué la dejaste?
- PEPE. Porque me enteré de que quería á otro...
- LUISA. Entonces di que la que te dejó fué ella.
- PEPE. No; ella no quería dejarme; estaba también por las mutaciones, pero por otro sistema.
- LUISA. ¿Y sentiste mucho aquel engaño?
- PEPE. Ya lo creo; fué cuando pasé aquella temporada en París para distraerme.
- LUISA. Sí, es verdad; vaya, vaya, pareció la novelita.
- PEPE. Cuando tfo Ramón fué á buscarme comisionado por papá, porque le habían dicho que yo tenía allí amores.
- LUISA. ¡Qué gracioso! Con una francesa... Y tfo Ramón, quieras que no, te trajo de una orejita...
- PEPE. A mí no; adoptó el sistema más práctico, se la trajo á ella... En el teatro Japonés la tienes cantando...
- LUISA. ¡Pobrecito! Todas te dejan... Debes tener el corazón destrozado...
- PEPE. No lo creas, fortalecido. Mis equivocaciones en la vida han sido engaños, no desengaños, y no me han entristecido ni me han vuelto desconfiado siquiera. Mi corazón está abierto de par en par.
- LUISA. Esperando el cariño soñado, el ideal. ¿No es eso?
- PEPE. Yo nunca he creído que el cariño... el amor, en lenguaje poético, sea la felicidad por sí solo; nos lleva dulcemente de la mano hasta la entrada; pero después, el camino es penoso, y el amor, débil niño, tiene que transformarse en algo más serio, más fuerte, para seguir adelante; en deber, en sacrificio...
- LUISA. Está muy bien eso que dices... ¡Primera sorpresa!
- PEPE. ¡Bah! Tantas sorpresas podía darte y tú á mí y los dos á nosotros mismos. ¿Qué sabemos de la vida? ¿Cómo nos han educado? Con el sistema de los padres en España: de considerar á los hijos siempre como chiquillos; yo en mi casa soy siempre Pepito, tú Luisita siempre para tu padre: dos chiquillos de quien sólo se espera alguna travesura, de quien nada se toma en serio; nuestros caprichos, más ó menos discutidos, satisfechos siempre; niños mimados por nuestros padres, mal dispuestos á ser maltratados por los demás en la vida. Cuando empecemos á vivir por nosotros mismos, pecaremos de osados ó de tímidos; no sabremos ir con la tranquilidad que da la confianza en sí mismo, porque nuestros padres nos han dicho: no seas así; ó: debes ser así; pero: así eres, nunca. Yo no sé cómo soy, y á ti te pasará lo mismo.
- LUISA. Tienes mucha razón. No nos enseñan á conocernos. Y ahora, porque á nuestros padres se les antoja que todo se quede en casa, porque nos juzgan además incapaces de elegir por nosotros mismos, nos dicen, sin más ni más, á casaros, y de buenas á primeras, novios un par de meses, y asunto concluído, y después desgraciados para toda la vida... Si no estuviéramos de acuerdo para oponernos... Yo te confieso que no seré la primera en decir que no; tú debes ser quien...
- PEPE. Me opondré.
- LUISA. Dices que soy muy buena, muy bonita, todo lo que quieras, pero que no soy la mujer soñada... Tú tendrás tu ideal, como todo el mundo. A propósito, ¿cómo es tu ideal?

PEPE. ¿Mi ideal? ¿Para mujer propia? Vas á reírte.
 LUISA. ¿Rubia? ¿Morena? ¿Alta? ¿Bajita?
 PEPE. No lo sé. Va vestida de gris, es lo único que puedo decirte.
 LUISA. ¡Qué chifladura!

PEPE. Como en un cromo inglés que vi hace muchos años: una de esas escenas plácidas de pintura inglesa; una muchacha vestida de gris, que preparaba el *pudding* de Navidad, y á su lado sentado un joven, el esposo ó el prometido, y alrededor unos gatos y en el fondo unos viejos leyendo la Biblia, y al otro lado, por una puerta abierta á un jardín, unos niños muy rubios jugando. Había no sé qué en aquel cromo, la escena, el color, un tono general que lo envolvía todo, el color de la dicha á que puede aspirarse en este mundo.
 LUISA. ¿Color de rosa?

PEPE. No; agrisado, un tono muy dulce; la dicha que se sueña, si es de color de rosa; la que puede lograrse, la de la vida, es siempre gris, el color de la melancolía resignada, de la tristeza bondadosa que sonrío y perdona y ama.

LUISA. Yo tengo un vestido gris, no sé si será de ese tono exacto; me lo pondré un día para parecerme á tu cromo inglés, digo, á tu ideal; será en lo único que me parezca.

PEPE. ¿Y yo qué he de hacer para parecerme á tu ideal?...
 LUISA. ¿A mi marido ideal? ¡Ay! Yo sé perfectamente cómo no ha de ser, pero cómo ha de ser no sabría decirlo.

PEPE. ¿Y cómo no ha de ser?
 LUISA. De muchos modos. No creas, los defectos grandes no me asustan tanto como los pequeños, esos defectillos que hasta parecen gracias y son los más peligrosos para la intimidad de toda la vida. Por ejemplo: yo tengo una amiga que se ha casado con un muchacho ejemplar, un modelo, todo el mundo lo dice; pues el otro día estuvieron aquí de visita, y por un solo detalle me atrevo á pronosticar que no serían felices. Verás, parece una tontería: el marido le dijo á su mujer: Merceditas, llevas un descosido; y se lo dijo de un modo, de un modo que indicaba que en aquel matrimonio el marido sería siempre el primero que viera los descosidos...
 PEPE. ¡Es gracioso!

LUISA. Es que aquello sólo indicaba un cambio de papeles muy antipático. Pues qué me dices cuando en un matrimonio es el marido el que tiene que advertir que se gasta mucho. ¡Qué cosa más fea cuando la mujer está á todas horas: yo compraría esto, yo tendría esto otro... y el marido: que la vida es muy cara, que no podemos gastar tanto!... En cambio, ¿hay nada más bonito para una mujer que, sin pedir nunca nada, verse obsequiada por su marido de cuando en cuando con cualquier regalito, y disimulando mal la alegría reprenderle cariñosa: ¿por qué has comprado esto?; no estamos para gastos; te habrán llevado un dineral, y es de muy buen gusto; aunque sea un mamarracho y sepamos que le ha costado tres pesetas?

PEPE. Sabes mucho...

LUISA. Es mi sistema con papá, y así consigo que siempre me esté regalando, algunas veces cosas horribles, pero líbreme Dios de decírselo. Y lo mismo haría con mi marido. Hay mujeres tan mal educadas que cambian en la tienda los regalos

- que las traen sus pobrecitos maridos, tan ufanos, creyéndolos del mejor gusto... Tú dirás que en qué cosas me fijo y á qué detalles doy importancia...
- PEPE. No, no; estamos conformes... Yo también doy mucha importancia á los detalles... y pienso como tú...
- LUISA. Así comprenderás que no estaba dispuesta á casarme contigo ni con nadie sólo por complacer á papá...
- PEPE. Ni yo contigo, puedes creerlo.
- LUISA. Creían porque á ellos les conviniera... Afortunadamente, verán que los dos estamos de acuerdo, y no habrá desaire por parte de ninguno.
- PEPE. Por mi parte nunca lo hubiera habido; me hubiera presentado aquí como novio por no contrariar á papá y hubiera hecho todo lo posible por parecerte mal.
- LUISA. Pues hubiera sido un noviazgo famoso, porque yo pensaba también parecerte insoportable.
- PEPE. Afortunadamente, has tenido una gran idea, después de esta entrevista...
- LUISA. ¿No era lo mejor? Hablar claro, hablando se entiende la gente; ya lo has visto, hablando aquí, á solas, sin fingimientos, dejándonos llevar de la conversación sin querer...
- PEPE. Y sin querernos... he descubierto que tengo una prima encantadora.
- LUISA. Y yo que tengo un primo muy simpático y muy razonable, que piensa como yo en muchas cosas de la vida.
- PEPE. Es que piensas muy bien en todo.
- LUISA. De manera que nuestros padres, si no consiguen lo que se proponen, han conseguido algo mejor para nosotros: que desde hoy nos estimemos de verdad; cuando antes, á mí, te lo confieso, me eras indiferente, pero muy indiferente.
- PEPE. Como tú á mí.
- LUISA. ¡Y querían casarnos!
- PEPE. Ya ves, como era posible.
- LUISA. Me parece que nunca se habrá descompuesto una boda más amistosamente.
- PEPE. De seguro que casándonos no estaríamos tan contentos el uno del otro.
- LUISA. Ya quisiera yo, si algún día me caso, que mi marido se pareciera á ti en algo.
- PEPE. Y yo que mi mujer se parezca á ti en todo...
- LUISA. ¿De veras?... ¿De qué te ríes?
- PEPE. ¿Pero te has fijado en lo que estamos diciendo?
- LUISA. ¿En?... Pues es verdad... ¡Pero qué tontos! ¡Qué tontos! Ahora resulta que casi nos hemos enamorado el uno del otro...
- PEPE. Y que en vista de eso decidimos no casarnos... ¿Qué te parece? Es gracioso...
- LUISA. Sí; es gracioso...

ESCENA II

Dichos y la Doncella.

- DONCELLA. ¡Señorita! Su tío de usted sale en este momento del despacho.
- PEPE. Ha terminado la conferencia.

- LUISA. Y nuestra conspiración. En cuanto baje tu padre la escalera, sales por aquí. Papá vendrá en seguida á darme cuenta del resultado de la entrevista... ¡Si supiera!
- DONCELLA. Han cerrado la puerta de la calle.
- LUISA. Pues anda... vete...
- PEPE. Yo quisiera saber, ya que estoy aquí. ¿No podría esperar?... Si papá te ve...
- DONCELLA. Sí; en mi cuarto, venga usted.
- LUISA. No, no; si le ve alguien...
- DONCELLA. Descuide usted, señorita. Diré que ha venido por mí... y lo creerán.
- LUISA. Pronto; papá viene.
- DONCELLA. Venga usted... *(Salen Pepe y la Doncella.)*

ESCENA III

Luisa, D. Manuel y después Pepe.

- LUISA. ¿Qué tienes, papá? ¿No me contestas? Yo creí que tendrías que hablarme...
- MANUEL. No.
- LUISA. ¿No estaba tío Carlos contigo?
- MANUEL. Sí.
- LUISA. ¿A qué ha venido tan temprano?
- MANUEL. A nada.
- LUISA. ¿Estás seguro? Vaya, papá, lo que te sucede es que tienes que decirme muchas cosas y no sabes cómo empezar...
- MANUEL. No tengo que decirte nada. Y, sobre todo, no vuelvas á mentar á tu tío. ¡Ha muerto para mí!
- LUISA. Entonces... ¿Mi primo Pepe...?
- MANUEL. Ha muerto también.
- LUISA. Te advierto que hoy es turno tercero.
- MANUEL. ¿Y qué?
- LUISA. Nada; que con tanto luto en la familia no me parece bien que vayamos al teatro.
- MANUEL. ¡Turno tercero! ¡Turno tercero! ¡No me importa! Desde hoy te acompañaré todas las noches al teatro, te divertirás, nos divertiremos. No estés triste, hija mía. ¿Se creará tu tío que no hay más hombre que tu primo?
- LUISA. Pero es que...
- MANUEL. ¡Y por cuestión de intereses! ¡Qué falta de decoro! Cuando yo, haciendo un sacrificio y por tratarse de ellos, te dotaba con mis dos mejores fincas y algo de papel y unos créditos que pueden cobrarse. ¿Con qué dirás que se descuelga tu tío? Con que él no se desprende de nada, que os pasará un tanto, pero nada más; conozco yo los tantos de tu tío; os lo pasaría un mes ¡viejo avariento! y después os dejaría morir de hambre. Porque yo os doy lo suficiente para la casa y el coche y los viajes de veraneo; pero si él no os da nada, no tendréis qué comer. ¿Y cómo vais á vivir sin comer?
- LUISA. Es verdad, sin comer y con coche... ¿De modo que habéis regañado?
- MANUEL. ¡No tienes idea! Le he dicho todo lo que pensaba de él hace mucho tiempo y del botarate de su hijo...
- LUISA. ¿Pero qué sabe Pepe?...

- MANUEL. Para cuando lo sepa.
- LUISA. ¡Ay papá, estás muy alterado!
- MANUEL. Es que no puedo con las gentes que todo lo sacrifican al interés, como si todo fuera cuestión de dinero en la vida y eso valiera la pena de descomponer una familia. ¡Un tanto! ¡Un tanto! Y el viejo marrullero ni siquiera quería firmar para no comprometerse á nada. ¿Pensaba que yo iba á casarte sin garantías?
- LUISA. Es la moda, papá.
- MANUEL. No lo eches á broma.
- LUISA. Al contrario. Es decir, que vosotros disponéis y os indisponéis cuando os conviene sin contar para nada con nosotros, como si Pepe y yo fuéramos dos chiquillos sin voluntad y sin corazón; ni antes os importaba que no nos quisiéramos, ni ahora que pudiéramos querernos. ¿No es eso?
- MANUEL. Querrás decirme que estás enamorada de tu primo...
- LUISA. Supongamos que lo estuviera.
- MANUEL. Dejémoslos de suposiciones.
- PEPE. Sí, dejémoslos. Yo estoy enamorado de Luisa.
- MANUEL. ¡Eh! ¿Qué haces tú aquí? ¿Qué significa esto?
- PEPE. Significa que mientras ustedes hablaban de intereses, nosotros hemos dejado hablar á nuestro corazón; y como hablando hablando se entiende la gente...
- LUISA. Hemos decidido lo contrario que ustedes, casarnos...
- MANUEL. Así... en media hora. ¡Estáis locos!
- LUISA. ¿Qué quiere usted? Media hora de conversación convenciéndonos de que no debíamos casarnos, nos ha dado á conocer mejor que dos años de relaciones para casarnos.
- PEPE. No teníamos por qué fingir...
- LUISA. Ni por qué engañarnos...
- PEPE. Hemos hablado con franqueza, decididos á no querernos...
- LUISA. Y sin querer, sin querer...
- MANUEL. Eso creéis vosotros. ¡No habréis coqueteado poco! En fin, por mi parte, sí os engañáis, y creyendo conoceros á fondo os conocéis menos que nunca.
- PEPE. Ya no es preciso que nos conozcamos más.
- LUISA. Ahora nos basta con querernos mucho.

TELÓN





CRÓNICA

La capital de la Mancha.

Si todo el mundo fuera Mancha, ó no hay lógica ó la capital del mundo la tendríamos nosotros. He aquí una idea consoladora; todo lo perogrullesca que se os antoje, pero al fin una idea magnífica para enjugar-nos las lágrimas de ciertas tristezas y orientarnos en el camino de nuestro desquite futuro. Quiero creer en un ideal; quiero creer que algún día igualaremos y terraplanaremos la tierra á la altura del campo de Montiel. Y entonces, ¡qué triunfo para la capital de la Mancha! ¡Cómo se extenderán por todo el planeta nuestra civilización y nuestro pensamiento, cayendo y desparramándose desde los altos de las Vistillas y del cerrillo de los Angeles!

Mientras tanto, aun oprimido y despreciado, adoro mi lugar, idolatro á Madrid, rincón del cielo. Alguna vez sueño... La pereza me trae ambiciones fáciles y las contenta ella misma sin sacarme del mundo de la fantasía... Sueño que me preparan una entrada triunfal. —Madrid espera— me dicen. —¿Por dónde quieres entrar en él? Y yo no dudo un momento. ¿Por dónde ha de ser, sino por la puerta de Toledo?

Lo inconcebible es que haya alguien que entre por otro sitio. ¡Aquella cuesta bacheada, con aquellos árboles tan manchegos; aquel puente con borlas y flecos hacia arriba; aquel arco de triunfo sólido como una muela molinera!... Y luego el olor clásico de los mataderos, donde día y noche se cultiva el trato del ciudadano con la res; las posadas, ¡tan lóbregas! ¡tan típicas! ¡tan

sucias!; el mercado de la Cebada, que provee á medio pueblo... ¿Quién podrá negarme que para llegar al espíritu de la capital hay que pasar la puerta de Toledo? La democrática majestad del Rey D. Amadeo no supo verlo así; pero D. Alfonso XII, que entró por donde le dijeron, pronto se dejó guiar por sus instintos heredados y pudo convencerse de que no sólo el corazón, sino también el cerebro de Madrid están muy cerca de la Fuentecilla.

Una vez dentro...

Dentro, consuela el ánimo la persistencia de la vieja tradición manchega. No hagáis caso de las calles tiradas á cordel, ni de los revocos aparentes, ni siquiera de escaparares y fachadas. ¡El interior, el hogar; eso es lo interesante! Con piqueta ó sin piqueta las casas van cayéndose, van deshaciéndose y desmoronándose, á pesar de la suciedad y de la mugre, que son, como es sabido, elementos conservadores. Caen tristemente, dolorosamente. Las que quedan lloran el tiempo antiguo con humedades seniles y rezumamiento de ladrillos y casquete; están gotosas, reumáticas; su atmósfera la respiraron antes veinte generaciones, y en los cuartos, destartalados, parece que van á entrar por el pasillo las almas aburridas de los que pudren bajo tierra hace tres siglos...

¡Adorable respeto á lo que fué! Los que sentimos todavía la veneración del moho y de la patina estamos satisfechos. En la indiscutible capital de la Mancha cuando se

hunde una ruina no la insultamos con novedades ni reformas. Sobre los propios cimientos alzamos una copia de la vieja, y es tan piadoso y eficaz el deseo, que con las lluvias de un invierno y los soles de un verano las nietas parecen tan abuelas como las abuelas.

* *

Desde que Don Quijote hizo á Sancho gobernador, sin otro mérito que el de saber cinchar su rucio, el hidalgo manchego nos abrió á todos el camino de la política. ¿Quedó mal Don Sancho? ¿Fracasó? ¿Volvió siquiera de su ínsula bajo partida de registro? Pues entonces, ¿por qué no hemos de tener esperanzas?

Así se simplifica toda la ciencia del derecho político. Cualquiera Sancho lo sabe. Para gobernar una ínsula sólo te hacen falta dos cosas: que haya una ínsula y que el duque quiera ponerla en tus manos escuderos. Y fijaos en que, adivinando el porvenir, Cervantes mató á Don Quijote sin sucesión directa y dejó en su tierra al buen Panza y al poderoso duque, que no han muerto ¡palabra de honor!, ni morirán mientras haya Mancha y mientras Madrid sea lo que, por dicha, es.

¿Cómo no había de ser también la capital política? En las tertulias de los personajes, en la antecámara de los Ministerios, en los pasillos del Congreso... ¡todavía más!; en el despacho del ministro y en el propio Salón de sesiones, ¿no habéis notado nunca un olorcillo picante á ajos y cebollas? Es el aderezo clásico: conozco mi cocina y no se me despinta la procedencia manchega. Cualquiera huésped de nuestra casa, cualquier extranjero ó cualquier idealista, ante unas elecciones, un nombramiento, una crisis, un discurso, una influencia incomprensible, sentirá cierta inquietud, cierta molestia de la pituitaria. La falta de costumbre... Es el ajo. Aquí no sabemos guisar de otra manera.

El aroma viene del campo; pero no hace falta que nos le traigan las

comisiones rurales. Sagasta no podría vivir sin respirarle, y el maestro Ferreras es quien se encarga de comprar para él todas las ristras que pasan por la puerta de su «Balance» de *El Correo*. Flota sobre la urna, sobre el orden del día y sobre la *Gaceta*. ¡Bendito remusquillo! También Palacio está benéficamente invadido y huele á ajo aunque soplen sobre sus muros todos los vientos de la sierra.

* *

¡Perdonad, lectoras, si he hablado de Ferreras antes que de vosotras! Creo que no hay más que una cosa digna de la atención de un hombre sensato: la mujer. Pero precisamente de vosotras, de las que lean esta profesión de fe manchega, no pienso decir nada. Sois la excepción. De las demás me declaro también admirador y enamorado y sólo he de hacer una reserva nimia, casi infantil.

Quisiera yo que me dijese quien sino la mujer conserva y perpetúa el alma manchega á través de todas las civilizaciones postizas. No hablo de la cocina, ni aun del cocido, que es al mismo tiempo un alimento y una filosofía nacional; hablo del alma. Llamamos ligera á la mujer y es firme como una roca. Su cerebro, tan delicado, tan voluble, tan adorable, es de peña viva; las ideas nuevas que se posan en él tardan en arraigar ó no arraigan nunca, pero si alguna vez lo logran no hay fuerza humana que las desaloje. ¡Ah! Con ellas, con las débiles, no se juega como con los hombres. ¿Convencerse? ¿mudar de opinión? ¿aceptar rumbos nuevos? ¡No serían mujeres! Las mariposas somos nosotros.

Y por eso hay que confiar en ellas. Es el genio de la Mancha el que vela en sus intransigencias. Cuando los hombres desmayan y tienden la vista hacia un horizonte lejano, persiguiendo ensueños ó idealidades exóticas ó extrañas, al borde del precipicio encuentran una mano amiga que los detiene. No;